

—Quitádmelo si podéis,—gritó el armenio, impulsado por la cólera y el dolor.

Ambos sacaron sus armas, y trabaron una lucha, tanto más vigorosa, cuanto que la desesperación y los agudos tormentos que sufrían con el tósigo, les prestaban una especie de fuerza nerviosa, muy semejante á la que se observa en los dementes en los momentos de su furor.

Los esclavos, espantados de esta contienda inesperada, pues nada sabían de lo que había pasado, huyeron, aprovechando la oportunidad para recobrar la libertad y reunirse con las tribus de árabes errantes que viven en las riberas del mar Rojo.

Nuestros dos hombres, destrozándose el pecho con las uñas, cuando, ya por estar muy cerca, no pudieron hacer uso de sus armas, cayeron sin vida abrazados fuertemente, como si hubieran sido los mejores amigos en la vida.

Esto pasaba por los años de 811, á la sazón en que subía al trono de Oriente, Miguel, llamado *Curopolate*. En cuanto á los siete maniqueos, luego que advirtieron que el armenio había desaparecido, se marcharon á sus casas, cada uno lleno de sospechas y de temores, pero sin decir una palabra, porque todos eran criminales, y á todos acusaba la conciencia. Según la dosis que bebieron de vino, así fueron más ó menos próximos los efectos del veneno: unos murieron en la misma noche, y otros en los días siguientes, y cada uno echando la culpa á sus siete compañeros.

A poco llegaron los animales feroces al desfiladero guiados por el olor de la sangre, y devoraron los cadáveres: una pantera más feroz y hambrienta que los demás, se arrojó con furia sobre el cuerpo del armenio, y

tragó junto con una de sus costillas el diamante que tenía cosido en la camisa en el costado derecho. Apenas la fiera había gustado la carne humana envenenada cuando dió un salto y corrió furiosa, hasta que fué á caer sin vida y sin aliento á una gruta cercana que le servía de madriguera. Allí se secaron sus restos; y su esqueleto, en cuyo centro se hallaba la codiciada piedra, permaneció allí muchos años.

Había en la salida del desfiladero y en el declive de la montaña, un valle pequeño y florido; unos cuantos árboles, una fuente cristalina que manaba de la grieta de una roca y un rebaño que pacía en los prados, formaban el patrimonio y la felicidad de una familia humilde, pero sencilla y virtuosa, como si fuese un resto de los antiguos patriarcas.

La familia se componía de un viejo que cuidaba los ganados, de su mujer y de su hija, que se ocupaban en los quehaceres de una pequeña casa, edificada al pié de un grupo de sicomoros y palmeras: trasquilaban y ordeñaban las ovejas, para mantenerse con su escaso producto. La hija se llamaba Teodora; tenía diez y seis años cumplidos, y al entrar en la edad, se habían desarrollado en ella cuantas dotes constituyen una hermosura: fresca, de grandes ojos y luengos cabellos negros, de esas hermosas formas que sirvieron á los célebres escultores griegos para hacer de un trozo de mármol verdaderos prodigios de arte; no había hechizo ni atractivo que no se hallase reunido en aquella criatura.

Un día que el ganado se había encumbrado algo más que lo que acostumbraba, el padre de Teodora, al reunirlo y contarle observó que le faltaban dos ovejas: al día siguiente se propuso buscarlas por toda la comarca, y ya deses-

peraba de encontrarlas, cuando pasó por la boca de la caverna, donde la fiera había ido á morir muchos años antes. Aunque sabía que era una antigua madriguera de animales feroces, como era animoso, entró, y á poco tropezó con el esqueleto; y al remover con el pié involuntariamente los huesos, que con sólo el contacto se reducían á polvo; un rayo del sol que entraba por el agujero ó hendedura de una peña, fué á herir un objeto luminoso. Se agachó, tomó en sus manos una piedra que examinó con la luz, y aunque de ninguna suerte inteligente, le pareció una cosa maravillosa.

—Seguramente,—dijo suspirando,— este es un objeto de gran valor, que podía hacer á mi Teodora tan rica como una princesa; pero ¡cuánto más placer habría yo tenido en encontrar á mis dos ovejas perdidas!

Escuchó un balido algo lejano; guardó el diamante con desprecio y corrió hacia el lugar donde lo había escuchado, y no tardó en encontrar y coger en brazos sus dos corderos blancos como la nieve.

—Hija mía, aquí te traigo estos dos corderos que no sé por qué causa se separaron del rebaño, y además más una joya que me he encontrado en la caverna del Cuerno.

Teodora tomó el diamante, lo volvió de uno y otro lado, y devolviéndolo á su padre, le dijo con mucha naturalidad:

—Creo que vale mucho; pero valen más nuestros corderillos: son los más hermosos, los más blancos del rebaño, y había llorado muchas lágrimas, creyendo que las fieras los habían devorado.

—Eres digna hija de tu padre,—contestó el anciano.—creo que con el valor de esta piedra podrías ser rica

y muy rica; pero quizá no serías tan feliz: la inocencia y la paz de una vida retirada valen más que todos los tesoros del mundo. Guarda este diamante y adórnate con él dentro de tu casa; pero nuestra familia no cambiará de vida ni de costumbres: nos basta para vivir, las aguas claras de nuestra fuente, la sombra y los dátiles de nuestras palmeras y la leche de nuestro ganado.

La muchacha en señal de asentimiento dió un beso en la frente al anciano, guardó la piedra preciosa y continuó sin variación la vida tranquila y laboriosa en que se había educado.

Era por este tiempo emperador de Oriente Andrónico I. La silla del imperio había ido de tal manera decayendo, que la ruina era ya casi segura, y parecía que el que se sentaba en ella era arrastrado inevitablemente al crimen y á la desgracia. Juan murió de la herida de una flecha envenenada; Manuel, después de haber sacado los ojos á los embajadores de Venecia, vistió el sayal y murió en un convento; Alejo mandó matar á todos los franceses y latinos de su corte, y aun á su propia madre. En cuanto á Andrónico, aunque de una avanzada edad, no había vicio que no tuviera en la grande escala que le permitían sus riquezas y su poder: ninguna mujer había segura en su reino; por todo atropellaba, y ni casadas, ni doncellas, ni niñas, ni jóvenes se escapaban de sus persecuciones. Un día en que hizo una larga correría, fatigado de la caza, le llamó la atención la belleza del pequeño valle que hemos descrito, y se detuvo á descansar y á refrescarse: pidió una poca de la agua fresca de la fuente y salió Teodora á presentársela en una limpia vasija de barro. El emperador bebió, y al devolver el vaso á la muchacha, quedó deslumbrado de

su hermosura y de un diamante que brillaba entre el adorno rojo y los cabellos negros de Teodora.

—¿Cómo te llamas, hija mía?—dijo con voz meliflua el viejo enamorado.

—Teodora, señor,—dijo la pastora arrodillándose.

—Es hermoso nombre, y así se llamaba una emperatriz de Oriente mi antecesora; pero sin duda tú eres más digna de sentarte en el trono.

—¡Señor, piedad!—exclamó la muchacha cubriéndose el rostro con las manos y poniéndose pálida.

—No hay remedio; vendrás conmigo y serás la señora de mis pensamientos. Por otra parte, tú sin duda eres de estirpe real, porque esa brillante piedra que tienes en el peinado, ha pertenecido á un rico soberano. Una pastora como tú no puede tener tales alhajas.

—Señor y mi rey, tened piedad de una infeliz, y no hagáis que mis padres mueran de dolor: esta piedra la encontró mi padre en una caverna; pero supuesto que es de gran valor y es una alhaja real, tomadla y desde hoy será vuestra.

—Levántate, levántate, perla de Byzancio, y deja entre tus cabellos el diamante, para que las gentes queden deslumbrados y vacilantes, y no sepan qué admirar más, si es la estrella que reluce entre tus cabellos de ébano, ó los encantos de tu peregrino rostro.

Al acabar el monarca este poético discurso, dió sus órdenes, y continuó su camino: los guardias arrebataron á la muchacha de los brazos de la madre, y en la noche estaba ya en el palacio del emperador.

Cuando el viejo, á la caída de la tarde, entró, como de costumbre, á su casa, conduciendo su ganado, encontró á su mujer bañada en llanto.

—Nos han arrebatado á nuestra hija.

—¿Quién, quién?—preguntó lleno de ansiedad.

—El emperador, el emperador mismo.

—¡El emperador! ¡Ah, entonces no hay remedio!—exclamó cayendo sin sentido en el umbral de su casa.

Al día siguiente, cuando ya habían pasado los primeros momentos de dolor, comenzó á reflexionar seriamente en los medios de tomar una señalada venganza y de librar á su querida hija Teodora de tan infame cautiverio: vendió su ganado y su casa, y se trasladó con su mujer á un arrabal de Constantinopla. Tan luego como se halló establecido en su nueva habitación, comenzó á frecuentar el trato de las gentes más influyentes del pueblo, y por grados el de todas las personas que estaban agraviadas con la tiranía y escandalosos desmanes del emperador. Al cabo de un año era ya cabeza de una gran conspiración que tenía ramificaciones en Palacio mismo, y cuyo jefe, en lo aparente, era Isaac, á quien generalmente llamaban el *Angel*. En cuanto á Teodora, resuelta á sufrir el martirio y la muerte antes que la deshonor, había resistido á todos los halagos del monarca y aun á las más crueles amenazas, que jamás habían llegado á la realidad, porque el pudor virginal y la casta sencillez de Teodora habían producido un sentimiento de respeto en Andrónico, quien, á pesar de su pasión, no pudo resistir á la idea de apoderarse del diamante. Como Teodora miraba con desprecio la alhaja, fácilmente se desprendió de ella, sin querer ni aun admitir otras joyas que Andrónico le daba en cambio.

Precisamente el día en que el monarca se puso por primera vez el diamante que había mandado engastar en un anillo, fué cuando, ya bien combinada la conspira-

ción, estalló en el momento en que menos se pensaba. El pueblo, á cuya cabeza se hallaba, como debe suponerse, el padre de Teodora, invadió el palacio, arrolló á los pocos soldados que no estaban de acuerdo y colocó desde luego como sucesor en el imperio á Isaac Angelo.

Andrónico amenazó, se humilló, gimió, pero todo en vano: no hubo piedad para el viejo escandaloso, que había llenado de luto y de lágrimas á todas las familias. Se le condujo desde luego á una estrecha prisión, y al día siguiente se determinó que se le sacasen los ojos, suplicio muy común en esa época, particularmente cuando se trataba de altos personajes. El padre de Teodora, movido por las súplicas de su hija, que era tan compasiva y buena como hermosa, se opuso, y á pesar de su influencia, lo único que consiguió fué que sólo se le sacara un ojo; pero si le dejaron el otro, fué para su mayor tormento é ignominia, pues lo montaron al revés en un burro; hicieron que en vez de cetro empuñara el rabo del animal, y le pusieron en la cabeza una corona de ajos; y de esta manera lo pasearon durante muchos días por las calles de la ciudad, hasta que por fin lo ahorcaron el día 15 de Setiembre de 1185.

El padre de Teodora sobrevivió poco á su venganza, y ella y su buena madre, tristes, pero resignadas con la voluntad de la Providencia, volvieron á su casa, á su vergel y á las aguas claras y cristalinas de su fuente. En cuanto al fistol, ó mejor dicho, al anillo del monarca... Pero veo que es tarde, y mi conversación os enfadaría, si yo continuase una narración, que es todavía bien larga y complicada.

Rugiero se levantó, y trataba de despedirse. Arturo y el capitán que habían recibido con frialdad, con descor-

tesía y con un secreto terror al aventurero, fueron insensiblemente interesándose en todo lo que les contaba, de manera que casi no pestañeaban, y su imaginación viva y juvenil les presentaba como de bulto los lances que Rugiero les iba refiriendo. Acompañaban al galante califa de Bagdad á la casa de las bailarinas; asistían al banquete del feroz rey búlgaro; descansaban debajo de las palmeras del jardín de Teodora; asistían á la sangrienta procesión del emperador de Oriente; en una palabra, el tiempo se les había pasado sin sentirlo, y deseaban que Rugiero concluyese la historia del fistol.

—Ya veis,—dijo Rugiero,—¿cómo queréis que os venda una alhaja semejante, ni qué oro sería bastante para pagarla? Ella es el oro mismo; ella es un talismán; ella vaga hace cientos de años pasando de unas á otras manos, y así continuará tal vez hasta el fin del mundo; porque el diamante no le destruye ni el sol: si se oculta, y aunque por algún tiempo esté perdido, siempre sus rayos y su luz han de hacer que parezca.

—Pero me ocurre una reflexión,—dijo Arturo con cierto candor.

—Muchas pueden ocurrir, al escuchar la historia de esta piedra,—contestó Rugiero;—pero veamos cuál es esa reflexión.

—Que vos me habéis prestado un talismán infernal: no hay persona que tenga la desgracia de poseerlo que no experimente al momento un grave daño.

—Es verdad,—contestó Rugiero:—os creía más despierto y avisado. Ninguna explicación os puedo dar; por ahora; pero si reflexionáis un poco, no será necesaria.

—Mi padre y mi madre murieron, y yo quedé solo, desvalido y pobre,—prosiguió Arturo tristemente,—y

ahora lo atribuyo todo á la maléfica influencia del fistol.

—Error y muy grande,—replicó el aventurero con un tono de profunda convicción: el fistol, muy al contrario, os ha servido para llamar la atención de las muchachas en el gran baile del teatro; ¿os acordáis?

Manuel había guardado silencio, y de cuando en cuando movía la cabeza, como para sacudirse de la fascinación que en él ejercía Rugiero; sostenía lo que podría llamarse una lucha entre su razón y su corazón; se había decidido á ser animoso y esforzado, y aun á perder la vida, con tal de dominar el carácter raro é incomprendible del aventurero. Firme, pues, en esta resolución, interrumpió el diálogo de Arturo, y rompió el silencio.

—Me maravillo, Arturo, que habiendo viajado y corrido el mundo, des crédito á patrañas y pienses en brujas y encantos, como si te hubieran criado las dueñas del siglo diez y seis; lo que Rugiero ha referido es un cuento como otro cualquiera, y nada más, bueno para matar un rato el tiempo, pero no para impresionarse fuertemente: el fistol es una alhaja de valor que Rugiero compraría en Europa, ó en el Oriente tal vez, y como todas las alhajas, habrá pertenecido á diversos dueños, que han tenido dinero bastante para comprarla, pero en cuanto á las historias que nos ha contado, repito que habrá sido por pasar el tiempo, y no porque crea que somos unos chicuelos.

—Todo es orgullo y vanidad en el hombre,—exclamó Rugiero. —¡Chicuelos! ¡chicuelos! y mucho que lo son todos los hombres... ¡pero qué! me equivoco mucho; al menos los niños tienen la buena fe en sus creencias y el candor en el corazón; ¡pero los hombres!... raza de ví-

boras, como decía el Sabio de los sabios y el Rey de los reyes; miserables gusanos, que todo lo pretenden saber, y todo lo ignoran; enanos que quieren medir su limitada ciencia con la ciencia de lo inmenso, de lo grande, de lo desconocido. Ponedme en la Europa los Andes de la América: traedme el Mississipí á que atraviese el gran valle seco de la República: quitad el volcán que amenaza siempre con sus llamas la más hermosa de las ciudades italianas: poned un puente sobre el Mediterráneo, ó el Adriático...

—Es curioso, al mismo tiempo que incomprendible, este caballero,—dijo el capitán con tono sarcástico y ofensivo:—nos cuenta primero historias maravillosas; y cuando nuestro buen sentido las rechaza, entonces cambia de tono, y comienza á darnos lecciones de moral y de filosofía.

—Os equivocáis redondamente, capitán,—dijo Rugiero, mirándolo fijamente;—yo no tengo el candor de querer dar lecciones á nadie; y perdería mi tiempo en enseñar á necios y á fatuos; ¿ya veis cuán imposible sería arrimar el mar á México, ó transportar una montaña? pues bien, todavía eso es más fácil que hacer que los hombres tengan sentido común.

—No os figuréis, caballero,—le replicó el capitán,—que voy á convertirme en ridículo campeón del género humano; cada uno juzga de él como le parece; pero de seguro, que cuando se trate de frases y de palabras que pueda yo aplicar á mi persona, entonces...

—¿Entonces, qué?... —le interrumpió Rugiero, soltando una carcajada feroz, que hizo estremecer á los muchachos.

—Entonces... —repuso con voz concentrada el capi-

tán, apretando los dientes y haciendo un esfuerzo poderoso sobre sí mismo; — entonces... os volaré con una pistola la tapa de los sesos... ¿entendéis?... quiero sacudir este dominio, esta influencia que ejercéis sobre mí; y esto lo lograré, siendo superior á un fatuo, á un aventurero, á un miserable...

— ¡Capitán! ¡capitán!...

— Sí, á un miserable, — prosiguió Manuel, pálido de la cólera; — ¿pues quién sois vos? ¿quién os conoce? ¿cuáles son vuestro nombre y vuestra patria? Tales cosas haríais en el país donde visteis la luz primera, que probablemente os arrojaron de él ignominiosamente como á un canalla indigno.

Los ojos de Rugiero parecían despedir rayos; sus labios trémulos querían articular algunas palabras; sus narices, perfectas en un estado natural, parecía que se henchían, y en su frente se leía un pensamiento siniestro. El capitán alzó la vista, y la desvió inmediatamente, porque no pudo soportar la mirada de Rugiero; pero haciendo un último y supremo esfuerzo, tomó una pistola, y la preparó.

— ¡Capitán!... — gritó Rugiero casi fuera de sí, asiéndolo fuertemente de un brazo.

Manuel sintió como si lo hubiesen oprimido con una tenaza ardiendo; sin embargo, frenético y delirante, apoyó el cañón de la pistola en la frente de Rugiero, y tiró del gatillo; el fulminante tronó, pero la bala no salió. En vez de que Rugiero con su fuerza hercúlea hubiera intentado estrellar á Manuel contra la pared, su fisonomía cambió enteramente; sus ojos recobraron la expresión triste y melancólica que tenían habitualmente; volvió á sus labios el color rojo, y desapareció de su

frente la nube siniestra que la oscurecía. Manuel, que poseído de una especie de vértigo, en que tenía tanta parte el valor como el miedo, no sabía realmente, ni lo que había hecho, ni á lo que se había expuesto, quedó como petrificado un momento, y después dejó caer lentamente su brazo armado con la pistola, que afortunadamente para él no dió fuego.

— Capitán, venga esa mano, y seamos amigos, — dijo Rugiero completamente tranquilo; — vos sois un hombre valiente: habéis triunfado de vuestro sistema nervioso, y este es un esfuerzo inaudito: os juro que en el mundo jamás se había atrevido nadie á mirarme, cuando una nube de tristeza y de cólera viene á ponerse en mi frente; por fortuna esto pasa pronto, porque también estoy condenado á sufrir y á refrenar este orgullo, que ha sido mi desgracia y mi ruina. Con que no hablemos más sobre este lance desagradable, que ha turbado un momento la paz de tan buenos amigos; venga esa mano, y hablaremos otro rato, seguros de que disiparé todas vuestras dudas y preocupaciones. Tenéis en el fondo mucha razón; hay cosas que no pueden comprenderse sin una explicación; como cada hombre se cree un filósofo, yo no puedo dispensarme de tener también mi sistema; no os enfadaréis tampoco, si suelto una que otra pulla contra esta pícara humanidad. Todos los que son más ricos, más considerados, más llenos de incienso y más felices, son los que más critican y vituperan á sus semejantes; esta es regla segura; la pobreza y la desgracia, son quizá más tolerantes. Fumemos, y sentaos.

Rugiero sacó una purera de amianto, con un tejido tan fino y tan primoroso, que parecía un mosaico; los puros que contenía, eran de un tabaco de color carme-

lita oscuro, lustrosos como la seda, y con un aroma tan agradable y particular, que aunque participaba del de la canela, del del clavo, del de la esencia de rosa, ninguno se parecía. Manuel, que era de una naturaleza franca y generosa, luego que Rugiero le tendió la mano se la estrechó sinceramente, aceptó el tabaco y se sentó á fumar completamente calmado. Arturo, durante la escena violenta entre el capitán y Rugiero, había estado observando con terror, pero con la resolución suficiente de obrar de la misma manera enérgica y decidida; sin embargo, se le quitó un peso del corazón, cuando vio que la paz se había restablecido. Volvióse á sentar, y los dos muchachos, á medida que fumaban, sentían que su calma renacía, y que como el humo, se disipaban las preocupaciones que tenían contra Rugiero.

—La reflexión es la luz y la verdad,— dijo Rugiero como si estuviese dentro del pensamiento de nuestros amigos.—Si el hombre antes de obrar, pudiera poner en juego esa facultad clara y preciosa que la naturaleza le ha puesto en su cerebro, se evitaría, sin duda, de ser víctima de preocupaciones y de falsas ideas...

—Ya que hemos vuelto á nuestra antigua y buena amistad, hacedme el gusto, Rugiero, de concluir la historia del fistol: mentira ó verdad, ella me interesa, y deseo siempre, en conclusion, saber poco más ó menos cuanto valdrá.

—Mejor haría, no en contaros el fin, sino el principio de la historia. Hemos comenzado por que un negro se encontró cerca de las pirámides de Egipto; pero antes. Antes había pertenecido á elevados personajes, que han hecho mucho más ruido en el mundo que esos miserables emperadores de Oriente; esto sería largo, y debi-

mos dejar esta historia, para cuando alegres y contentos, nos volvamos á reunir; sin embargo, os quiero referir la poética creación de los diamantes. Todas las mañanas, en la Primavera, se abren las flores, y el rocío deposita en la corola una gota transparente. El Señor de los cielos mira todos los días su maravillosa y espléndida naturaleza, y cuando su mirada se detiene sólo un instante en una flor, todas las gotas de rocío se convierten en diamantes, que los pajarillos llevan inmediatamente en el pico, y depositan en los lugares más ocultos, para que los hombres no los empañen con sus miradas codiciosas y profanas. Los científicos dicen que el diamante es el carbono puro. ¡Qué diferencia! Los científicos todo lo quieren explicar con la combinación de los gases... Pero decidme, ¿dónde está un científico que haya podido construir una pepita de naranja, para que del germen imperceptible que encierra, pueda nacer un árbol frondoso, que á su vez produzca millares de naranjas, cada una con multitud de pepitas, donde está el origen y la vida de otros tantos árboles? ¿Y así quieren medir su razón mezquina con la razón grande de Dios? No pude yo entender ni saber nada; y no os asombréis dando á esta frase una misteriosa interpretación, y si algo sé de ciencia y de mundo es porque he estudiado la naturaleza, no en ese pobre y crédulo conde de Buffon, ni en ese presuntuoso doctor Gall, sino en los desiertos del Africa, estudiando la vida de los animales; en las montañas del Asia, observando la vida de las plantas, y en las inmensas Américas, desde el polo ártico hasta la Patagonia, reflexionando sobre el carácter de los hombres; porque este es el país donde se presenta la raza blanca en toda su barbarie, la raza latina en toda su locura, y la raza

indígena primitiva con toda su incomprensible rareza y su extraña civilización... Pero parece que el excelente tabaco contribuye á disiparos el fastidio... tomad y fumad otro puro, que su aroma os despejará la cabeza.

—En efecto, confesaré; — dijo Arturo, — que por mi parte he cambiado completamente de humor.

—Franco y sincero, como soy,—añadió el capitán,— no puedo negaros que deseaba tener con vos lo que llamamos vulgarmente los soldados una camorra; pero vuestra serenidad y vuestro generoso proceder me han subyugado; así, deseo que aun permanezcáis formando tan agradable tertulia, protestando que de ninguna suerte me incomoda ni me cansa vuestra conversación; pero hacedme el gusto de decirme, ¿dónde habéis comprado tan excelente tabaco? supongo que será de la Habana, de la fábrica de Cabañas.

—Nada de eso: los españoles tienen la vanidad de creer que no hay mejor tabaco que el de su isla, así como los cosecheros de Orizava creen que su mal cuidada y tosca planta, es mejor que la de Cuba; pero todos se equivocan; el tabaco que fumo yo es de la provincia de Mazenderán en Persia. De vez en cuando suele regalar al autócrata de las Rusias un cajoncito de cien puros, mi amigo que es el dueño de este plantío; pero no es posible que nadie pueda soportar tal gasto, porque este tabaco se cultiva en macetas ó tiestos, y cada puro, si se vendiera, seguramente no podría darse á menos de una onza de oro.

El capitán no pudo menos que echarse á reir.

—Bien, podéis reiros todo el tiempo que os agrada, y yo me felicito de que hayáis recobrado vuestro buen humor; pero con tal que me juréis bajo vuestra palabra

de honor, que habéis fumado tabaco mejor, os prometo que, como dicen en México, os mantendré el vicio.

Una puerta se abrió con estrépito, y se presentó Valentín.

—Camaradas, larga siesta habéis echado; temía que os hubieseis muerto, y por eso he venido á buscaros.

—Hemos tenido un momento bien agradable con la conversación de Rugiero, que nos ha referido historias maravillosas.

Rugiero sonrió, é hizo una graciosa reverencia al recién llegado; ambos se estrecharon la mano, y Rugiero prosiguió:

—Hemos estado á pique de tener un lance desagradable, cuando hemos sido los mejores amigos del mundo, porque estos jóvenes, tan ilustrados y de tan buen talento, están empeñados en creer que todo lo que les sucede, es debido á causas sobrenaturales, ó para explicarme con más claridad, por arte del diablo.

—¿Es posible?—interrumpió Valentín riendo;—apenas puede creerse esto de Manuel.

—Eso mismo digo yo, y por eso quiero entrar en algunas explicaciones; pero hacedme el gusto, perdonando la confianza, de que nos sirvan te, porque como he vivido tantos años en Inglaterra, no puedo pasarme sin cuatro ó cinco tazas de agua hirviendo; al tomarlas, os diré, si gustáis, quién es el diablo.